

talarse formas de complicidad patriarcal intermasculina que es necesario abordar.

A pesar de la pluralidad y cantidad de fuentes históricas manejadas por Begoña Etxenagusia en su investigación, la voz de las mujeres prostitutas se oye poco. Seguimos teniendo, por tanto, dificultades para comprender la complejidad de la agencia de aquellas mujeres como sujetos históricos. Podemos especular sobre las circunstancias que las condujeron al ejercicio de la prostitución y sobre cuál fue su vivencia particular de la misma, pero lo cierto es que las prostitutas han dejado

pocos testimonios de su vida y de su cruda experiencia. Suponemos que existió una diversidad de historias y de expectativas que rodearon la vida y las decisiones de aquellas mujeres que se ganaron la vida como prostitutas en el Protectorado español, pero lo cierto es que resulta difícil imaginar cuál pudo ser su particular camino de redención. Por ello, la autora, con su investigación, ha querido rendir un merecido homenaje a «tantas mujeres marroquíes y españolas atrapadas en una tela de araña, de la que a duras penas alguna conseguiría salir».

---

Miren Llona

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea  
miren.llona@ehu.eus

DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel (ed.), *Los «años del hambre». Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2020, 376 págs., ISBN: 978-84-17945-05-3.

Este nuevo libro de Miguel Ángel del Arco, en este caso como editor, enfrenta un asunto central de la memoria colectiva —popular, conviene precisar—: el hambre de posguerra. Un tema obviado por la historiografía, que hasta el momento sólo lo había incorporado como memoria personal o familiar de los propios historiadores, un episodio groseramente manipulado y manejado políticamente por el régimen franquista. De esa manipulación resulta seguramente esa lateralización y el triunfo del relato de los golpistas de 1936, vencedores de la guerra que gobernaron todas las décadas de la dictadura. Desde mi punto de vista

esta es una de las principales y mejor argumentadas conclusiones que recorre el libro. Esa manipulación política del hambre primero y de su memoria después es una premisa que en el libro se presenta ya en el primer capítulo, a la vez que se sitúan los años del hambre en su contexto internacional y cronológico en una dimensión nueva: el hambre española con la ucraniana (Holodomor), la gran hambruna griega o la holandesa (Hongerwinter). Todas ellas tienen en común que derivan de decisiones políticas o de política económica en los años treinta y cuarenta del siglo XX, y están relacionadas con experimentos totalitarios de la época

como argumenta del Arco en el exhaustivo repaso a la historiografía internacional sobre el asunto.

El libro, en el que participan quince autores en trece capítulos, además del editor, es un primer paso para desvelar un asunto hasta ahora sólo picoteado por la historiografía, además de Miguel Angel del Arco, Carlos Barciela, Thomas Christiansen, Peter Anderson, Moreno Fonseret y pocos más. Velasco Murviedro fue en este sentido un adelantado, usando las cartas de los trabajadores españoles en la Alemania nazi. El hambre del *tiempo de silencio*, el *pa negre*, *a fame neghra*, ha estado tan presente en la memoria e incluso en la creación artística como ausente de la investigación histórica en cuanto objeto central de investigación. Como afirma rotundo el editor, la conceptualización de lo sucedido en la posguerra como hambruna no estaba hasta ahora presente en la historiografía, ni tampoco en la reivindicación del pujante movimiento memorialista del siglo XXI.

Para llenar este vacío historiográfico se suceden capítulos que abordan la gestión de abastecimientos durante la guerra en la zona insurgente, como el de Rúben Serém sobre la Sevilla de Queipo, o en el Madrid republicano (Ainhoa Campos) y que demuestran como la gestión del hambre fue utilizada ya como arma de guerra o para moldear actitudes políticas. Y como constituyó para los insurgentes una vía privilegiada de propaganda contra la República en guerra. El capítulo de Sergio Riesco y Francisco Rodríguez aborda las negativas consecuencias de la gestión de la economía de posguerra en Extremadura, de los efectos de las políticas de la autarquía, en la línea de los trabajos de Barciela. Teresa Ortega

se ocupa del uso de la mujer como base de la familia rural en la propaganda del nacional-sindicalismo dominante en la década del hambre y analiza los discursos ideológicos de subalternidad de la mujer agraria, un sintagma que tal vez necesita una explicación. Las disputas internas del Régimen por los fracasos famélicos de la política autárquica de inspiración fascista son tratadas por Claudio Hernández a la vez que el exitoso *discurso auto-exculpatorio*. Un discurso, conviene decir, que contó con todo un aparato orwelliano para triunfar y mucho tiempo para asentarse. Las políticas del régimen para gestionar el racionamiento son analizadas por Alejandro Pérez-Olivares y de modo más específico por Francisco Jiménez en lo relativo al funcionamiento de esa compleja maquinaria conocida como Auxilio Social. La gestión de la cartilla de racionamiento como un mecanismo de control social y político queda clara en el primer trabajo, centrado en un Madrid en el que sobresale el papel del primer alcalde «nacional», el conocido Alberto Alcocer. En el segundo de los trabajos se desmenuza el papel de esta primera gran creación del régimen para desarrollar políticas sociales nacional-sindicalistas —jonsistas de hecho—, pero tan católicas que no pasan de un sistema tradicional de beneficencia, en perpetua competencia con Cáritas y Acción Católica, instituciones a las que nunca llegó a substituir.

Ambos trabajos —siguiendo la línea abierta por Ángela Cenarro— explicitan como la Dictadura construyó una vía de colonización de la vida de los españoles (de una parte importante), desde los espacios, los usos y la gestión del hambre. La participación en estas labores de miles de mujeres jóvenes a

través del Servicio Social (1937-1976) es una vía de indagación que podrá dar mucho juego en el futuro. Frente a esos mecanismos del estado totalitario con aspiraciones de movilizar a las masas las alternativas eran pocas después de la derrota de la guerrilla, la delincuencia que analiza en un estudio local minucioso Lázaro Millares para Granada o la oposición política que analiza Jorge Marco a través del tratamiento en las publicaciones comunistas del exilio del asunto del hambre, el estraperlo y la corrupción del régimen. Una delincuencia tan directamente vinculada con el hambre que llevó a cambiar el código penal para incluir el *hurto famélico* como eximente (Riesco y Rodríguez) y que Lázaro vincula con lazos de solidaridad comunitarios, aunque no llega a explorar la lógica de la economía moral. Por su parte Marco presenta los errores de diagnóstico del PCE —en la línea de Claudín, Semprún, Pradera— y cómo reforzaron en última instancia al franquismo en vez de debilitarlo.

Hambre y peste siempre cabalgan juntas, frecuentemente también con la guerra. Al específico y ampliado desarrollo de las enfermedades carenciales ligadas al hambre dedica su capítulo Gregorio Santiago, abriéndonos además un mundo de posibilidades para entender la memoria del hambre y sus razones materiales. Que el hambre obliga a comer cualquier cosa es sabido, qué, cómo y con qué efectos es algo que este trabajo nos presenta. No podía faltar una rigurosa aproximación antropométrica, que corre a cargo de Linares-Luján y Parejo-Moruno, para relacionar la evolución generacional de la altura y el tiempo del hambre, aunque la relación en este caso no resulta tan unívoca como podría esperarse. El

hambre en Extremadura pese a provocar desnutrición no parece haber dado lugar a caídas significativas en la altura de los mozos tallados y la respuesta que ofrecen «las medidas del hambre» analizadas por los autores no es tan obvia como la que cabría esperar. La otra vía para huir del hambre era una emigración obturada por la autarquía nacional-sindicalista por un lado y por el aislamiento diplomático al que los aliados sometieron a la dictadura entre 1945 y 1950, por otro. Cuestiones de las que se ocupa Alba Martínez al indagar en la emigración clandestina española a Francia, sus canales y su rechazo, observado desde fuentes que ofrecen el punto de vista de las autoridades galas. En el capítulo final Gloria Román analiza la memoria del hambre en Andalucía oriental, a través del recuerdo de los piojos, el tifus y la tuberculosis, la desnutrición y la inanición que llevaba a la muerte, las estrategias de subsistencia, la ocultación de cosechas y el estraperlo popular.

El cuadro dibujado en el libro es completo e intenso, limitado al norte por el Tajo y de modo más específico circunscrito al cuadrante sur occidental del Estado español: Andalucía, Extremadura, Madrid. No es demérito sino mérito vincular la investigación a un territorio definido, en sus fuentes, premisas e indagaciones, en vez de hacerla pasar —¡tantas veces!— como un resultado válido para toda España, confundiendo lo local o lo cortesano con lo español. El libro, que es parte de un programa de investigación ambicioso y producto de proyectos concretos, contiene resultados que han sido presentados y discutidos en varios congresos estatales e internacionales como el del EUHRO, París 2019, en una fructífera

sesión organizada por M. A del Arco con la colega holandesa Marguerite Corporaal. Ese interés por situar el hambre española internacionalmente empieza a vislumbrarse en este libro, si bien el camino debería completarse, a mi juicio, con el análisis de las políticas agrarias autárquicas y su caracterización en el marco de los fascismos agrarios de su época. Incluso podría vincularse con el uso de la ciencia por parte de aquellos regímenes en perspectiva comparada. Un asunto este en el que, entre otros, se ha adentrado por ejemplo Lino Camprubí.

El libro contiene algunos capítulos que tienden a repetir contenidos y enfoques o a incidir recurrentemente en aspectos que, aun siendo interesantes, acaban por volverse obvios por su reiteración. Pero en conjunto revela un agro tan lleno y tan muerto de hambre que su descripción llega a sobrecoger, como en el capítulo que relata los muertos o gravemente afectados de por vida por consumir pan de harina de almorta. Y constata una intensa reagrarización de posguerra agudizada por el cierre de la emigración, aunque ese incremento de la ocupación agraria no es incompatible —paradójicamente— con un aumento de la población desplazada a las ciudades. Cuestión que conduce a un asunto que varios capítulos plantean, pero no resuelven, sobre si el hambre se afrontaba mejor en el campo o en la ciudad. Dilema que persiste también en la memoria de aquella época.

Se insiste en varios capítulos con acierto en la diferencia entre la posguerra alemana, francesa o británica en lo relativo al racionamiento y una posguerra franquista que se extiende desde 1939 hasta 1953, medida en el uso de la cartilla de racionamiento. Este comen-

tario bibliográfico lleva por título: la posguerra más larga de Europa; aunque tal vez se pondere poco el hecho de que la española fue con diferencia la más dilatada del siglo XX europeo, prolongada durante casi veinte años —hasta 1955 o 1959— desde el punto de vista de la recuperación de las macromagnitudes de 1935 entre otras razones por la insistencia contumaz en la política económica autárquica hasta la segunda estabilización. La confusión entre aislacionismo y autarquía que está en la propaganda del Régimen, en sus relatos y en la memoria, ha pasado de alguna forma a la historiografía y también parece recorrer algunos capítulos del libro, evidenciando el arraigo de un interesado error que libros como este deberían contribuir a zanjar.

El interés por la memoria social de la hambruna española recorre todo el libro y a través de fuentes orales hay una inclinación a valorar que la percepción del progreso de los años sesenta «entre los que sufrieron mayores dificultades, pudo coadyuvar a tener unas actitudes políticas más favorables al régimen», identificado con los nuevos y mejores tiempos. Un asunto que más que como conclusión merece tratarse como interesante hipótesis de investigaciones futuras que incluyan una valoración de la ética popular (o la economía moral) al respecto.

Ahondar en el análisis de las políticas, sus mecanismos y resultados, como se hace en algunos capítulos de este libro, permite descubrir los fundamentos materiales del pasado de hambre y sus trazos (talla, enfermedades, mortandad, números del hambre...). Insistir en el análisis de los discursos ha llevado a la historiografía a pelearse con el relato del régimen en el peor

terreno para los historiadores e historiadoras, pues la deconstrucción del discurso del Régimen no siempre es abordable y su memoria es difícilmente batible, en razón de su arraigo e incrustación orwelliana; la de los perdedores sigue subalternizada. Un ejemplo: el relato de las destrucciones de la guerra ha llegado hasta el presente, persiste en la memoria y formaba parte, aún en 1964, de los argumentos para fundamentar la intro-

ducción del texto que recogía el I<sup>er</sup> Plan de Desarrollo. La historia económica ha demostrado hace tiempo que poco o nada significaron aquellas destrucciones en comparación con las de la guerra mundial, para explicar el profundo *gap* del franquismo. Y sin embargo la Dictadura fue capaz de inventarse un milagro español que acontecía diez años después del alemán para una posguerra que en España había comenzado seis años antes que en Alemania.

---

*Lourenzo Fernández Prieto*  
Universidade de Santiago  
lourenzo.fernandez@usc.es